

1.º DE NOVIEMBRE DE 1879.

## Madrid.

La función verificada en el teatro de la Comedia el sábado por la tarde no sólo habrá producido un beneficio material á los inundados; ha producido también un beneficio á la literatura dramática. Ha presentado ante los ojos del público un verdadero modelo de comedias. *El hombre de mundo*.

No debe elogiarse, por sistema, lo antiguo. Los autores de hoy están en mejores condiciones para producir lo bueno que los de ayer. Además de sus luces naturales, tienen los molinos perfeccionados que les han legado sus predecesores: tienen todo lo que es procedimiento maravillosamente hecho y fácil de ser imitado; como se imita, por sublime que sea, todo lo que es arte y procedimiento. Así, pues, una sola chispa de genio puede brillarse hoy tanto como brillaron ilustres autores en pocas pasadas.

De esta facilidad con que hoy se pueden conseguir aplausos en el teatro, es buen ejemplo el torbellino de obras dramáticas de fugaz existencia y que han alcanzado, sin embargo, éxitos extraordinarios. Se deben estos éxitos, en parte y simplemente á la verificación; armoniosa, rica, sonante. Carecen de argumento, de caracteres, de verosimilitud; pintan costumbres y personajes caprichosos, como los de un cuadro de Manila.

Pero la verificación en los momentos actuales está ya tan hecha; sus recursos y sus efectos tan estudiados y practicados, que se ha llegado al alcance de todos, y ha llegado á ser una materia industrial que se puede comprar por redondillas, ya que no por varas.

Efecto de estos el gran número de buenos verificadores actuales y de malas comedias. Porque pudiendo salvar los escollos de una representación con descripciones poéticas hechas por patron y cuyo resultado es conocido, se prescinde de buscar el éxito en la intención, desarrollo, realidad y conjunto de la obra.

No intento yo criticar en estas líneas á la mayoría de los autores dramáticos, la cual da sus obras á la escena para satisfacer las necesidades del puchero y con arreglo á una compañía teatral, con la que no se pueden representar cuadros verosímiles del mundo; al decir esto, me refiero tan sólo á los autores de alto vuelo, que se creen los continuadores de los genios dramáticos, porque han vestido á Talía con las telas mas brillantes de las tiendas del Olimpo.

*El hombre de mundo* no es ni un poema, ni una oda, ni una fábula, ni una obra de mera verificación llevada al teatro en vez de ser llevada á un libro ó á una revista; es un estudio moral, de cuyo efecto sólo puede gozarse en el teatro, en el cual es tan útil, tan interesante; y menos prosaico que en el mundo.

Al ver que la empresa del Español daba un beneficio al poeta Zorrilla, alguien habrá creído que el autor del *Tenorio* ha sido víctima de la inundación.

No; ha sido víctima de los editores. La juventud de Zorrilla fué criminal y azarosa. Digo que fué criminal, porque él mismo, hace pocos días, declaraba en un artículo haber robado y vendido una mula. El mal servicio de la policía de aquel tiempo le evitó el Saldado; pero el Destino le reservaba una expiación: la de hacer con su talento, sin provecho propio, la fortuna de los demás.

Después, el tiempo ha pasado cubriéndole de gloria, y así como los editores han vivido del dinero de sus obras, muchos nuevos poetas viven y viven de su imitación. No le han dejado nada: los unos se le llevaron el oro de su poesía; los otros su poesía misma. Es, por lo tanto, quien menos vive de sus obras, y quien menos se parece á sí propio.

La revolución, porque el águila, como la urraca, no tuviese que bajar á los campos y picotear aquí y allá, buscando su alimento, le puso en un rincón de un comedero... Pero hace poco le declararon cesante.

El beneficio, pues, era oportuno.

—Comprende Vd. que Zorrilla diga que su *Don Juan Tenorio* es un drama deplorable.

—Lo comprendo. Ha estado trabajando, inutilmente, toda su vida, para hacer una cosa mejor.

Si hay algo mas hermoso que una mujer bella que habla, es una mujer bella que canta. La Rezké es una palmera en cuya copa ha hecho su nido un ruiseñor.

En el *Roberto* han encontrado perfecto desarrollo sus facultades.

La Rezké pertenece á una familia ilustre; pero de vocación artística. Su madre reunía en su salón la sociedad mas distinguida de Polonia y cantaba. Sus hermanos, uno canta de bajo en Italia, otro ha debutado de tenor en *Roberto*, en el Real, y el tercero es barítono.

Estos notables artistas, son—según dicen—bastante ricos y no necesitan del arte para vivir una holgada existencia; su pasión por el canto les ha hecho, sin embargo, desperdiciar por Europa hasta que no les queden en la garganta fusas ni corcheas.

Da la circunstancia de que esta habilidad del canto se paga hoy á buen precio; de no ser así, como su misión es el cantar, cantarían gratis. Pero entonces dirían cuando se les aplaudiese que los hacían aplaudir los empresarios.

Su origen, pues, es nobilísimo; su fortuna cuantiosa; pero tenían que renunciar al canto ó cobrar sus sueldos como simples mortales. Se han resignado, pues, y cobran.

El tenor del *Roberto*, el Sr. Rezké, era barítono hace poco y hoy es tenor.

La naturaleza le ha regalado, por lo visto, un

juego completo de voces. Cualquiera día verán ustedes anunciado en los carteles que canta de bajo.

Por desgracia, el mérito de poseer varias voces no aumenta el encanto, porque no es posible cantar á un tiempo de tenor y de barítono.

Las carreras verificadas ayer tarde estuvieron como siempre están las carreras del Hipódromo.

Muchos trenes, vistosamente puestos; y coronados triunfalmente de elegantes y bellas damas y de caballeros: muchos carruajes particulares y público distinguido.

Poca concurrencia de la gente del pueblo, que no se acaba de convencer de que el caballo pueda ser objeto tan fecundo de diversion como el toro.

Para estar en carácter, hay quien dice algún término técnico en inglés; quien merienda sin apetito, flambree y pasta; y quien se decide á perder ó ganar dinero bajo la responsabilidad de un animal, que ignora la deferencia con que se le distingue y la honrosa confianza en él depositada.

Concluidas las carreras, empieza el desfile y se va encontrando al público escalonado por la Castellana, el Prado y la calle de Alcalá. Esta es la verdadera función.

Y está juzgada, en verdad, una función que no empieza hasta que se acaba.

Un célebre caballista de gran fortuna hablaban en las carreras con un ministro, y solicitaba de él su apoyo para un proyecto de ferro-caril que debía unir cierto puerto importante con unas célebres minas.

Semejante petición era la crítica mejor que podía hacerse de la fiesta que se celebraba.

Porque desde la invención de los ferro-carri-les, por mucho que corran los caballos, han quedado reducidos á la condición de tortugas.

Las carreras de caballos son un recreo que comprendo y aplaudo.

Lo que no he comprendido todavía es que puedan ser de utilidad para el país, en el estado actual de la civilización.

Los caballos han sido derrotados por la locomotora. La caballería por el fusil cargado por la recámara. Solo se ha salvado de esta anulación la bestia que une los pueblecillos y lleva las pequeñas cargas: el borrico.

Volvamos á la inundación.

No hay mas sino mirar al cielo para saber que el tiempo lo permite.

Hoy será, pues, la corrida de toreros en que los empleados de la Compañía del camino de hierro del Norte lidiaron seis tiernos cornúpetos de acreditadas ganaderías.

Las moñas han estado expuestas al público, y han sido regaladas por la duquesa de la Torre, por la Buschental, por la marquesa de Valmedián, las señoras de Angulo y de Anglada, y por Mlle. Isolina.

Los empleados de la compañía piden modestamente al público que les dispensen si no lidian con perfección los toros, pues claro está que no son lidiadores prácticos é inteligentes.

El público les dispensara, sin duda, por ser el objeto benéfico y ellos personas apreciables y simpáticas.

Con los que deben disculparse—por su falta de práctica—es con los toreros.

Es preciso desistir de que se concluyan las corridas de toros en España, decía uno. Los empleados de ferro-carri-les son los soldados de la civilización y el progreso, y ya Vd. lo ve, en sus ratos de ocio se dedican al arte de Pepe-Hillo.

—Es verdad; pero son también españoles castizos... Lo único que debe exigirseles, puesto que lidian toros, es que los lidien... ¡al valor!

Un lunático.

## Efeméride.

Entrada de Hernán Cortés en Méjico.

Los primeros rayos del sol, riñendo sobre las armaduras de los españoles que levantan su campamento en Iztapalapa, parecen aumentar la luz de astro rey que viene á saludar con diáfano esplendor, las venturas que alcanza en este día el mas atrevido y esforzado entre la gloriosa pléyade de caudillos castellanos.

Dos leguas por ancha y bien construida calzada, en la que holgadamente podían marchar ocho caballos en ala, era el término del osado viaje que el vencedor de los agueridos tiras-calleas habia emprendido; pero era Hernán Cortés bastante previsor para no pretender llegar á Méjico en hora conveniente, á fin de dedicarse, después de la visita á Moctezuma y de todos los embargos y dilaciones que la cortesana habia de crearle, á fortificar su cuartel, reconocer la población y tomar aquellas oportunas precauciones que así habian contribuido á labrar su reputación, como á preservarle maravillosamente de las asechanzas y peligros que la traición y la falacia inventaran para deshacerse del invencible invasor, ó cuando menos, para dificultar los progresos de su victoriosa espada y de su avasalladora política.

Puestos en marcha, muy de mañana, los trescientos cincuenta españoles que constituían, entre infantes y ginetes, el triunfante ejército de Cortés; escoltado éste por el crecido número de reyes, príncipes, regulos y caciques que le acompañaban, y seguido de una milicia, compuesta de seis mil indios procedentes de las varias naciones y pueblos que habian hecho acatamiento á España y pactado paces y amistad, y cuyos soldados mas iban con carácter de columna de honor que con el de tropas auxiliares, marchó el caudillo castellano, só pretexto de que la multitud, atraída por la curiosidad, no dificultase la ordenada y marcial marcha del ejército, que los intérpretes fueran prego-

nando, en avanzada como de media legua, «que nadie se atravesase por el camino, si no quería en el acto ser muerto por los pies de los caballos.» Con cuya industria llegó fácilmente, y sin que temor alguno pudiera asaltarle, hasta un baluarte que ponía término á la carretera para dar ingreso á las calles de la ciudad. La fortaleza que defendía á la población se componía, además de este baluarte, construido de piedra y cal, y que terminaba en sus dos costados por almenados castillejos, de un puente levadizo que facilitaba el paso del ancho canal que circundaba á la ciudad y seguidamente de una segunda fortaleza; todo lo cual constituía tan gran defensa, que para el género de guerras que hacían y las armas que usaban los aztecas, bien podía decirse que era inexpugnable.

Antes de que los españoles llegaran á este punto, los intérpretes que de vanguardia iban dando el pregon, habian anunciado la presencia de los magnates de la ciudad que precedían al emperador y su comitiva; los cuales, en número no menor de 4.000, se habian colocado formando dilatadas líneas á uno y otro lado del camino. Al pasar Hernán Cortés, que marchaba al frente de su lucido y numeroso cortejo de rendidos caciques y señores aztecas, cada uno de los magnates de la ciudad salía de la fila, se colocaba delante del caudillo castellano, tocaba la tierra con su mano derecha, besábasela después, inclinaba el cuerpo hacia delante en actitud humilde, grave y respetuosa y volvía á ocupar el puesto que habia dejado.

Mas de una hora se habia pasado en estas ceremonias y como anunciaran la proximidad del emperador, tuvieron los magnates que hacer el saludo en masa, y aun muchos no pudieron realizar sus deseos, porque el ejército se puso de nuevo en movimiento.

Cuando Cortés hubo atravesado el puente levadizo y salvado el último fuerte, que consistía en una espesa muralla almenada, á manera de alto pretil, con dos grandes puertas, se encontró cerrado el paso de la ancha y larga calle que debía seguir por un grupo compuesto de unos doscientos nobles de la familia del emperador, que vestían lujosos trajes de finas telas tejidas de algodón y pluma é iban adornados con vistosas insignias y ricas joyas.

La multitud que poblaba las azoteas y ventanas de las casas era inmensa; pero las calles estaban completamente despejadas; por ellas no transitaba mas gente que la que tomaba parte en la solemne y suntuosa fiesta de la recepción.

La extensa y apiñada fila de palacios, ejecutando una especie de evolucion militar, se abrió por el centro al llegar Cortés, y yendo los individuos á colocarse en ambas aceras, dejaron ver la brillante comitiva de Moctezuma que venia por el centro de la calle. Marchaban delante, uno detrás de otro, y á conveniente distancia, tres caciques ricamente vestidos y engalanados, llevando cada uno una vara de oro levantada á manera de largo cetro: eran los heraldos, que siempre que el emperador salía, por tierra ó por agua, iban avisando á la gente la proximidad del soberano para que nadie dejara de hacer la debida reverencia. Venia éste, llevado de los brazos por su hermano Cuicahuac, príncipe heredero, y por su sobrino Camatzin, rey de Texcoco, bajo un elegante pálio formado de vistosísimas plumas y planchas de oro, y de rica argentería colgado: las varas, que eran de finísimo oro primorosamente labrado, las apoyaban en la cabeza cuatro caciques principales de la corte. Todos iban tan lujosamente vestidos y tan engalanados con joyas y finas plumas, que pronto daban á conocer la superioridad de su gerarquía: sólo se diferenciaban del emperador, en que éste calzaba *cacales* ó sandalias, cuyas suelas eran de oro, y bordadas las correas con pedrería de mucho valor, mientras los demás iban descalzos, porque en el gran acatamiento que los cortesanos hacían á su soberano tenían por irrispetuoso andar calzados delante de él. Iban bastantes criados de palacio que de dos en dos quitaban y ponían mantas en el suelo para que el monarca, sus deudos y magnates no pisaran la tierra. Seguían á pequeña distancia muchos y poderosos señores, caballeros y caciques vestidos igualmente con finas y vistosas telas, también descalzos y con la vista al suelo, porque era gran desacato mirar la cara al monarca, y éste, aunque marchaba delante, podía volverla de repente.

Cortés, luego que estuvo cerca de Moctezuma, se apeó del caballo con marcial y gentil presteza, y entregando las riendas á un escudero, se adelantó, hizo una cortesía al monarca é intentó darle un abrazo; cuya acción impidieron los príncipes que conducían al emperador por ser entre ellos no sólo imperdonable falta de respeto sino pecado grave que hombre alguno tocara al soberano unido con el sagrado óleo de la Divinidad, y Moctezuma desempeñaba el cargo de Sumo Sacerdote en el Templo Mayor cuando fué elevado al trono del gran Nezahualcoyotl.

El emperador repitió delante de Cortés la ceremonia de besarse la mano después de haber tocado el suelo; acción que produjo grande asombro entre los suyos por ser la primera vez que un soberano azteca hacia acatamientos de humildad que sólo á ellos les eran tributados.

Dió la bienvenida al embajador del imperio de Oriente, y éste, después de expresar su agradecimiento al excelso monarca del vasto imperio azteca por haberse dignado salir á recibirle con tan gran solemnidad y tan fastuoso y bien ordenado aparato, sequitó un collar de fingidas esmeraldas, diamantes y margaritas que de intento llevaba sobre su poco brillante armadura, y con gran comedimiento lo colocó en el cuello del emperador. Inclinóse con severa majestad Moctezuma, significando que agradecía mucho aquel agasajo; y disponiendo que su hermano se quedase para acompañar á Cortés hasta su alojamiento, llevándole de la mano, y sin consentir que castellano ni indio alguno se llegase á ellos, adelantóse, acompañado de su sobrino, á tomar las ricas andas en que habia venido y con las que habian quedado esperando á corta distancia los caciques que las conducían. Cuan-

do hubo vuelto la cara al soberano, los doscientos nobles que cerraban su comitiva y los que al cortejo de los españoles se habian unido, comenzaron uno á uno á dar la bienvenida á Cortés, y no acabaron estos cumplidos con el día, según era de crecido el número de príncipes, regulos, caballeros y magnates aztecas, si no fuera porque como Moctezuma iba delante, todos, por veneración, volvían la cara á la pared, no atreviéndose á avanzar después los que atrás iban quedando.

No hay para qué decir la extrañeza que el fausto y la solemnidad de aquella inusitada fiesta causaban en propios y extraños. Los castellanos estaban admirados de ver tanta magnificencia y tales rendimientos; y su asombro no tenia límites al contemplar una ciudad tan grande, tan bella y tan populosa como jamás la mas exaltada imaginación pudiera imaginar. Los indios no se maravillaban tanto de los rostros, las barbas, los trajes, las armas y los caballos de los *hijos del sol*, cuanto del sumiso y afectuoso recibimiento que su monarca, con ser el mas grande y poderoso de la tierra, hacia á aquel escaso número de héroes. «Dioses deben de ser, decían las gentes, pues siendo tan pocos son tan fuertes que han vencido tantas y tan bravas legiones de tlascaltecas, cholulas y zempoalas.»

Mucho tiempo se invirtió en la triunfal y ceremoniosa marcha; pero al fin, sin que incidiese alguno hiciese á Cortés dudar de la sinceridad con que le eran tributados aquellos regios honores, el ejército llegó á la casa que para su alojamiento y el de su capitán estaba dispuesta. Era ésta tan capaz, que á no asegurarlo el Conquistador y Bernal Díaz, tendríase por increíble que en un solo edificio hubiesen podido acuartelarse las siete ú ocho mil personas que constituían, con su mermado ejército, el séquito de Cortés; con la circunstancia notable de que los españoles y los principales señores y jefes militares de los indios que le acompañaban, separadamente de las habitaciones que al caudillo castellano le estaban designadas, tenía cada uno la suya y todos cama separada. Y lo que era mas de admirar, dice ocular testigo, es que con ser tan grande la casa estaba toda ella, sin dejar rincón, muy limpia, esterada y entapizada con paramentos de algodón y pluma de muchos colores, y en todos los aposentos habia fuego con perfumes y tantos hombres de servicio en cada parte, y tan abundantes y variadas frutas y viandas, que se mostraba bien la grandeza de aquel príncipe.

Al llegar Cortés al atrio, descendió Moctezuma de las andas y tomando á aquel de la mano entraron todos en el gran patio, que era recámar de los ídolos, en el palacio que habito el ya difunto Axayacatzin, padre de Moctezuma. Este habia dado órdenes á uno de sus cortesanos para que le trajese un valioso collar de conchas y oro, muy artísticamente dispuesto y que entre sus joyas tenía en mayor estima, y por sus manos lo colocó en los hombros de Cortés; con lo que creció la admiración de los señores aztecas, puesto que tales demostraciones de agasajo y cariño nunca se habian usado ni aun entre los reyes electores cuando se reunían para designar el sucesor del imperio.

Llevando siempre Moctezuma á Cortés de la mano, metiéndole dentro de una gran sala, púsole en un rico estrado de oro y pedrería y díjole: «En vuestra casa estais; comed, descansad y habed placer, que luego vuelvo.»—Fernando Cortés, sin responderle palabra, le hizo gran reverencia, y «este fué el recibimiento que aquel poderoso príncipe hizo en esta gran ciudad de México á ocho de noviembre de mil quinientos diez y nueve.»

F. HERREROS DE TEJADA.

## Revista dramática.

El Sr. Echevarría no cultiva con la constancia y la predilección que debiera una aptitud muy notable de su vocación dramática. La última producción que ha dado á la escena demuestra claramente, á nuestro juicio, que el género que mas se adapta á sus facultades creadoras es la comedia urbana, la sátira de costumbres. *Lo que vale el talento*, producción debida á la iniciativa de su inspiración espontánea y personal, flada á las solas fuerzas de su ingenio, y desprovista de aquellos recursos de la verificación con que los escritores del día suelen disimular la falta de genio de sus concepciones, revela en sus aciertos cualidades mas relevantes, mas geniales y mas fecundas que las que ha demostrado hasta hoy en el drama sentimental y en el drama trágico. O mucho nos engañamos ó el Sr. Echevarría debe tomar como un estímulo bueno, inequívoco y valedero el aplauso que ha recibido su última obra en el teatro de la Comedia, y seguir con mas perseverancia, con mas celo de su reputación el camino por donde lo ha conquistado. No se crea por esto que *Lo que vale el talento* sea un trabajo perfecto: no lo es ciertamente. El autor ha rendido culto mas de una vez á la extravagancia y á la exageración caricaturesca del teatro reinante, y mas de una vez ha buscado la risa del público, sustituyendo á la verdadera fuerza cómica el recurso del chiste por el chiste. No le haremos graves cargos por ello. La comedia anda hoy por hoy en manos, por lo común, tan pecadoras; es una literatura híbrida, tan informal y tan falta de genio, que bien merecen indulgencia los lunares de una composición que se distinga por alguna cualidad relevante en el estudio de los caracteres y en el uso discreto de la sátira.

Vamos á explicar en pocas palabras el asunto de la comedia que ha valido tan espontánea ovación al Sr. Echevarría en el teatro de la calle del Príncipe. Valentín es un joven deshonesto de la fortuna; su padre ha consumido su hacienda en obras de beneficencia, y este lujo, no siempre sensato y previsor de las almas sensibles, le ha dejado reducido á ganar su subsistencia con el producto de su trabajo. Pero su hijo Valentín no sufrirá las consecuencias de esta generosa prodigalidad, porque es un hombre de talento, lo que se llama un joven de esperanzas. Por desgracia, Valentín las pone



protección de un personaje tan egoísta, desnudo de sentido común, que explota la inteligencia en beneficio de su ambición propia, y que cuando cree hallar en él un acreedor, se descomoda de su prestada importancia y un orgullo fehéiente de su nulidad, le arroja groseramente de su casa, sin tener en consideración la hospitalidad que acaba de conceder al padre de su víctima, para quien Valentin representa la infalibilidad de la inteligencia encarnada en humana criatura. Irritado por este acto de cinica ingratitude, que destruye en un instante sus ilusiones doradas, y cuya amargura viene a agravarse con la evidencia de que la hija del mentecato a quien ha servido de escalón para llegar a las alturas del poder, corresponde con instinto aún mas depravado que el de su padre, al puro amor que la profesora, Valentin resuelve vengar sus agravios publicando en el periódico satírico en que, haciendo valer el prestigio de su talento, aniquila por el ridículo al sándico explotador de su inteligencia.

Por su puesto que el bueno del maestro de escuela participa grandemente de la indignación de su hijo, y en un arranque muy cómico, muy natural y muy propio de la manera de ser del personaje, se revuelve con el esfuerzo supremo de entereza, propio de los caracteres débiles para quienes llega un momento de prueba, contra el imbécil conde del Ajaio, que este es el título del aristócrata improvisado que tan mal ha sabido pagar los servicios de Valentin, y le refresca la memoria recordándole que ha sido en otros tiempos su maestro y no ha conseguido enseñarle a escribir.

Pero sosogado este arrebatado de cólera, el instinto honrado y generoso empieza a recobrar su imperio; los impulsos de la venganza ceden a un sentimiento mas noble, y los ofendidos acaban por destruir, en un arranque de noble indignación, la sátira sangrienta que van a lanzar al torrente de la publicidad, prefiriendo arrostrar la miseria en que pueda sumirles su rencoroso enemigo a tomar una indigna satisfacción de sus agravios.

Pero este proceder honrado no quedará sin premio. No bien el maestro de escuela y su hijo han quemado las naves, poniéndose a la merced de su enemigo, cuando se recibe la noticia inesperada de que un tío de Valentin que acaba de morir le ha dejado heredero de una pingüe fortuna; y cuando el grotesco conde del Ajaio, temeroso del ridículo que va a correr su entidad aristocrática, de no muy bizarro origen, y su entidad intelectual y política, se presenta con su mujer y su hija en la bohardilla de su antiguo secretario con ánimo de procurar una hipócrita transacción, el joven rechaza con dignidad, exenta de rencor, sus ofrecimientos y contesta con el desden de la niña veleidosa y positivista, que al verle dueño de un gran caudal, intenta reconquistar su corazón.

Este es, en sustancia, el argumento de la pieza: vamos a indicar ahora brevemente lo que, a nuestro modo de ver, tiene de muy bueno el trabajo del Sr. Echevarría. En primer lugar, las dos figuras principales, y especialmente la del maestro de escuela, están perfectamente entendidas. Este último personaje está pintado con mucha maestría y mucho sentimiento de la verdad: honra el talento dramático del señor Echevarría y puede servir de modelo a los escritores que imaginan que la vida cómica de un personaje consiste en que vierta a porrillo chistes y retruécanos que provoquen a risa. El maestro de escuela es un tipo verdaderamente cómico, y lo es, no porque arranque con cada palabra una carcajada, sino por la contradicción que resulta entre lo que siente y lo que hace. Es un buen padre de familia y deshereda inadvertidamente a los suyos, invirtiendo su fortuna en obras de beneficencia; ama con delirio a su hijo, puede hacerle feliz inclinando el ánimo de un pariente valetudinario a que le deje heredero de sus bienes, y se empeña, con la mejor intención del mundo, en usar de su influencia en favor de un sobrino casquivano, holgazán y disipador, porque imagina en el exceso de su orgullo paternal que el primero posee un tesoro con su talento, y el segundo es un pobre badulaque incapaz de ganarse la subsistencia. Es humilde, respetuoso y tímido con el empingorotado personaje que tiene en sus manos la suerte de su hijo y la suya propia, y cuando llega la ocasión se revuelve contra él con un lujo de irreverencia a que no llega la indignación de su hijo. Es generoso, honrado, inofensivo y acoge con fruición la idea de una cruel venganza que muy luego repugna a su corazón honrado y bondadoso. Pues bien, en estas contradicciones, expresadas con gracia y naturalidad, está la fuerza cómica que mantiene constantemente la sonrisa en los labios del espectador, y de ellas resulta la sátira fina y delicada de un carácter honrado y generoso, pero débil e impresionable, que obra con la irreflexión mas candorosa del mundo en contra de los impulsos naturales.

Por el colorido de este personaje y las situaciones a que da lugar, alguna de ellas tan excelente como la del final del segundo acto, hacemos gracia al Sr. Echevarría de la recargadísima caricatura del conde del Ajaio, de las escenas lánguidas y desabridas de la exposición y de aquella herencia providencial que viene a convertir en una ironía el título de la comedia, demostrando que el talento vale bien poca cosa en este mundo si no le ayuda la fortuna. El tipo cómico de la condesa bullidora, insustancial y amante de los toros, no es de tan buena ley como el de D. Pedro; pero tiene el sello del natural, está manejado con mucha gracia y vivacidad, y da lugar a contrastes muy oportunos. Para nosotros la comedia empieza cuando aparece en escena el padre de Valentin y acaba en el momento en que la noticia de la socorrida herencia que viene a sacar de apuros a estos dos personajes, y aun mas que a ellos, al autor, desata, con poco ingenio, el nudo de la fábula. Pero lo repetimos, a pesar de estos defectos, la obra del Sr. Echevarría merece el favor que la ha dispensado el público y los buenos intérpretes que ha encontrado en la Valverde y en los actores Mário, Aguirre y Julian Romea.

No es una obra perfectamente meditada; pero está dentro de las condiciones que quisiéramos ver realizadas, con mas ó menos genio, en el abateo teatro cómico de estos tiempos, y no podemos negar nuestros plácemes al escritor que enseña el buen camino.

Reciba nuestro parabien el Sr. Echevarría y no eche en olvido que los que miden y estiman desapasionadamente las dotes de su ingenio, quisieran verlos empleados con mas frecuencia en obras del género y de las condiciones de la que acaba de grangearle tan espontánea ovación.

En el teatro de Apolo se ha representado por primera y última vez una comedia en dos actos y en verso, cuyo título ha sufrido variación despues de anunciado en los carteles: primero se ha denominado *Quien quita la ocasión...* y despues *A lo tuyo, tu...* De esta obra puede decirse con propiedad, que no vale lo que ha costado de bautizar. Su languidez insoportable, unida a la falta de consistencia de los caracteres y al prolijo sermonear de una baronesa que no ha inventado la pólvora, aunque explica a todas horas un curso de moral, han puesto a dura prueba la paciencia del espectador, el cual ha tenido, sin embargo, la suficiente para seguir hasta el fin, aunque con grandes muestras de impaciencia, la difusa lucubración del autor.

La obra ha muerto y no debemos remover sus cenizas. Solo añadiríamos que los artistas encargados de interpretarla, no todos la han ayudado a bien morir.

Mejor éxito ha tenido en aquel coliseo un cuento que lleva por título *¡Caballero!* En honor de la verdad, no se distingue por su mucho donaire ni por su mérito literario; pero da pie a la señora Hija para lucir sus dotes cómicas nada comunes, y... la bandera salva la mercancía.

PEREGRIN GARCIA CADENA.

### ¡Cosas de Fulano!

Si convenimos en que la lucha es el principal elemento de la existencia humana, habremos de convenir tambien, lógicamente discutiendo, en que la sociedad no es otra cosa que un vasto y animado campo de batalla.

Luchar es vivir, dicen a una voz la ciencia y la filosofía, la naturaleza y la moral, y en las luchas de la materia y del espíritu se advierten constante y respectivamente el germen, la transformación, la renovación de la vida en sus grandes y variados aspectos.

Si el elemento de la totalidad de la vida es una perpetua lucha y cada una de las partes ha de corresponder al todo, cumpliéndose la ley de la unidad—tambien ineludible en la humana naturaleza—ha de deducirse de este principio general y fundamental a la vez que cualesquiera función determinada del espíritu ó de la materia para cumplir un fin aislado, físico ó moral, constituye un combate parcial, de cuyo combate han de resultar fatalmente un vencido y un vencedor.

Las leyes del amor—uno de los fines mas esenciales de la vida—se hallan contenidas en un prosaico manual de estrategia y táctica militar, escrito por el acaso y grabado profundamente en la conciencia.

Que hay mucho de estrategia en el amor, pruébase con el hecho, constantemente repetido, de que en las relaciones amorosas hay siempre una víctima y un verdugo, una derrota y una victoria.

Las fuerzas iguales se rechazan ó se destruyen, siempre que se trata de que elementos varios llenen un fin común, mayormente si se intenta realizar el fin originario de la vida:

«Que al fin la monotomía es la muerte del placer.»

y sucumbiría de apoplejía fulminante el amor arrebatado que sintiesen dos personas con la misma intensidad, en el momento que tratasen de fundir en uno aquellos dos sentimientos; de igual manera que perecería de inanición aquel amor cuyo todo vinieran a formarlos dos afectos frios, lánguidos, igualmente trabajados por la anemia del espíritu y del sentimiento—si se permite la expresión.

Regla invariable: En el eterno dueto del amor, el que vence por sorpresa a su contrario, le esclaviza por toda la vida. El señor manda y el esclavo obedece, si bien el último trata de explicar, de manera satisfactoria para él, la supremacía del primero; unas veces para engañarse a si mismo y otras veces para engañar a los demás.

En las relaciones sociales ocurre una cosa parecida: Hay seres que por sorpresa vencen a sus contemporáneos, y éstos, esclavos sumisos, sufren y explican y atenúan la tiranía del señor.

Como acontece en las relaciones amorosas, en la esfera social no siempre vence el que es digno de vencer. De aquellas rebeliones que dan por resultado los dramas domésticos y las revoluciones en las costumbres.

Puede imponerse un hombre a la sociedad por su talento ó por su extravagancia, ó por ambas cosas a la vez, y hasta por atribuirle el vulgar cualidades extraordinarias que está bien lejos de poseer. ¡Es tan fácil deslumbrar a la multitud con el reluciente talco que guarnecen los trages de príncipes que visten los pobres comparsas de una pobre comedia de magia! ¡Es tan común hacer pasar ante la miopia intelectual del vulgo, por talento, ingenio y gracia lo que es tan solo pedantería, impertinencia y necedad!

En cuanto un pedante, un impertinente ó un necio se ve elogiado por la gente que le rodea, creése con derecho a colocarse en la cima de la sociedad para despreciarla desde la mayor altura posible, haciéndole pagar bien cara de este modo su equivocación. La altura desvanecese su vista, padece vértigos y principia a cometer la serie de groseras tonterías que han hecho la reputación—poco envidiable—de muchos hombres que conozco.

La sociedad no se atreve a derribar el ídolo que ella misma ha levantado, por no confesar su lamentable error, y atenúa las faltas del frágil ídolo, diciendo: «Cosas de Fulano.» El hombre que llega a tener cosas,—en el viliciado sentido que entre nosotros se da a esta frase—adquiere el derecho de ser informal, desatento, grosero, y para decirlo genéricamente, está dispensado de tener educación.

Por decir cuatro chistes añejos tomados de cualquier parte, en una reunión *cursi*; por recitar catorce redondillas, al arroyo que murmura, en un salón aristocrático; por hacerse aplaudir en una pieza de Scribe que se da como original, y por otros méritos análogos a los citados, se obtiene la nota de *hombre superior*, y el derecho de cometer toda suerte de extravagancias y ridiculeces.

Con esto, y con presentarse en público con el lazo de la corbata mal hecho, el cabello en desorden y el mirar un tanto extraviado, ha pues-

to cualquiera el sello a su reputación. Si despues, y sabiendo elegir las ocasiones, habla solo por la calle y contesta distraído a las preguntas que se le dirigen, su prestigio adquiere la forma del misterio (suponiendo que el misterio tenga forma), el misterio llega al encanto y el encanto se convierte en entusiasta adoración hacia su persona.

¿Qué necesita hacer para no bajar del pedestal altísimo donde la ignorancia de la sociedad le colocara? Seguir cometiendo extravagancias y diciendo disparates, contradecir con audacia las opiniones admitidas por la crítica y arrai-gadas en la conciencia, oponer a los mas sólidos argumentos la mas insustancial palabrería, y tratar todas las cuestiones con ese zumbon y záfio descaro que algunos infelices califican de tono y espíritu satíricos, echando sus discursos son simplemente un empedrado de frases inconexas, de donde arranca toda la frivola filosofía de esos animales, que el mundo llama personas por la sola prueba de verlos andar en dos pies.

Este famoso ejemplar, multiplicado hasta el infinito, es el que da una cita con el propósito de no concurrir a ella; el que llega tarde y dando triviales excusas a donde le esperan para hacerle algun favor; el que no contesta las cartas que se le escriben como en ello no tenga algun interés personal; el que no devuelve las visitas de cortesía; el que, para decirlo de una vez, encerrado en un grosero egoísmo y en una vanidad grotesca, adula al poderoso, desprecia al débil y no cumple ninguno de sus deberes sociales como a ello no le mueva el logro de satisfacción mezquina en lo tocante a su vanidad ó en lo relativo a sus intereses.

Los agraviados, que suelen ser—por la sabia ley de las compensaciones—los que en mayor escala contribuyeron a levantar el falso ídolo, pretenden consolarse, disculpando, de paso, su debilidad, con decir: «Cosas de Fulano!» ¿Esto es una acusación? ¿Es un reproche? De ninguna manera. Fulano tiene cosas, y esa exclamación viene a sancionar las cosas de Fulano, ó lo que es igual, a hacer tabla rasa de sus groserías y de sus defectos.

El tal Fulano anda por ahí mas ancho que largo, sin cuidarse poco ni mucho de las brechas que abre su insolencia en el amor propio de sus amigos. Por ventura tienen estos ni aun el derecho de mostrarse resentidos por haberse enredado ¡pobres arañas! en la propia tela que ellos mismos fabricaron?

El amante que llega hasta la degradación empujado por fuerte tiranía de una débil mujer, podrá en público acusar a su tirano sin atraerse el desprecio de la sociedad?—De la misma manera sería despreciado el que diese un sentido de culpabilidad a las cosas de Fulano, habiendo contribuido poderosamente a que Fulano tenga cosas. Hay, pues, que resignarse toda vez que la rebelión es imposible. Fulano ya no se apoya en los juicios individuales, descansa en la opinión universal y usa y abusa de su terrible poder. Hace perfectamente.

«Cosas de Fulano» quiere decir, en buen romance: «¿Qué ocurrencias tiene Fulano, qué originalidad, qué gracia, qué *sprit*!» ó bien: «Debe perdonarsele—por su talento—cualquier tontería que diga, todas las extravagancias que cometa: vive fuera del mundo real, y su ingenio—ó su genio—no cabe en los estrechos moldes de las vanas fórmulas sociales.»—Y en último resultado, si algun malicioso al hablar de las cosas quiere dar a entender que Fulano está loco, refiérase a una locura tan simpática, tan de buen tono, tan admitida, que de esa alusión resulta el mayor elogio para Fulano. Es locura de grande hombre; como si dijéramos: ¡locura de Galileo!

Para tener cosas, ó si Vds. quieren, para prescindir de toda regla de urbanidad y cortesía, es preciso haber adquirido en cualquier *chamizito intelectual* la patente de hombre de pró, ó por lo menos de hombre ingenioso. Cualquiera que sin estos indispensables requisitos se proponga tener cosas, será silbado inmediatamente por esa turba-multa compuesta de hombres cuyos propios defectos les autorizan a no perdonar los ajenos, ó tendrá un lance cada día, ó será, finalmente, encerrado en una casa de locos, donde, dicho sea con el debido respeto, no es fácil saber

«si son todos los que están no e tñ todos los que son»

con todo lo cual intento demostrar—aunque sea atrevimiento—que para dominar en cualquier esfera de la vida, es necesario luchar y en la lucha apelar a la sorpresa. Si el que lucha y sorprende y se impone, posee medios legítimos para conservar su poder sin apelar a la desvergüenza ni a la extravagancia, puede ser un héroe, un genio ó una notabilidad. Si mas allá de la sorpresa y de la victoria no existen las cualidades que el vulgo ha creído ver, el vencedor es sencillamente un usurpador, un tirano con cetro de caña, un hombre, en fin, que tiene cosas... y cosas despreciables.

A rectificar las falsas reputaciones, ó mas bien, a romper los cetros de caña, deben dirigirse sus esfuerzos los hombres de recta conciencia y claro sentido que, si tratan de concertarse, verán que no están, como se cree, en minoría, dentro de la sociedad presente.

FRANCISCO FLORES GARCÍA.

### París.

—¿Dónde está Philippart?

Esta era la pregunta que se oía por todas partes en la Bolsa el día de la liquidación. Todos buscaban a Philippart, y nadie le encontraba; había perdido unos cuantos millones de francos; los jugadores gananciosos esperaban con impaciencia ver entrar al célebre banquero repartiendo a derecha é izquierda *chéques* y billetes de Banco, pero el tiempo pasaba... y Philippart no parecía! La alarma asoma su siniestro semblante, y el papel Philippart empieza a bajar a grandes saltos. Doce ó catorce víctimas produjo la primera sacudida de la tempestad.

Al día siguiente la borrasca continúa. —¿Dónde está Philippart? vuelve a oírse por todas partes. Unos dicen que está en su casa tranquilamente; otros aseguran que se ha ido a Suiza; hay quien afirma que se ha evaporado. Al fin brilla un rayo de esperanza: varios miembros del sindicato y el periódico *La France* anuncian que el Banco Europeo acepta todos los compromisos contraídos en la Bolsa por su director. El papel Philippart vuelve a subir; esta alza imprevista arroja sobre el oleaje seis ú ocho víctimas mas.

De pronto *L'Estaffette* aparece explicando que las operaciones de que responde el Banco Europeo, son aquellas contraídas por su director en nombre de dicha sociedad, pero no de la que personalmente y por cuenta propia monsieur Philippart haya contraído. Nueva conmoción: la borrasca vuelve a acentuarse.

Un periódico viene despues anunciando que en el mundo financiero reinan contradicciones versiones respecto a la vitalidad del Banco Europeo que Mr. Philippart preside... El horizonte se ennegrece.

En resumen, hasta ahora van dos docenas de naufragos, y el huracan sigue repitiendo con voz de trueno:

—¿Dónde está Philippart?

Como se temia, el gobierno francés negó permiso para celebrar la corrida de toros proyectada por la prensa a beneficio de los inválidos de Múrcia. Algunos ministros estaban decididos a autorizarla, pero la Sociedad protectora de animales se opuso tan resueltamente, que el ministerio ha tenido que ceder a la poderosa influencia de esta sociedad.

La Sociedad protectora de animales es Francia mas fuerte que los gobiernos. Forma parte de ella las eminencias de todos los partidos y de todas las esferas sociales; es una especie de masonería que a fuerza de union y influjo, hace respetar sus reglamentos como fueran leyes del Estado. A lo mejor se opone a un individuo de la raza canina; ignora con qué fin se acerca, le hostiliza é inmediatamente un transeunte os muestra su título de socio de la Protectora y os exige 50 francos multa.

Parte del importe de estas multas es destinado a un fondo común, con el cual se atiende la curación de animales heridos ó enfermos al sostenimiento de los que se recogen abandonados.

Hace algunos años la aeronáuta madame Poitevin fué condenada a pagar 1.000 francos porque habia hecho ascender con ella por los aires a un toro, y éste, al descender, recibió una herida ante un inmenso gentío.

El drama de Claretie, *Mirabeau*, es una obra dramática interesantísima. Claretie no teme los caminos escabrosos, antes bien, los ama; nos presenta a Mirabeau de frente y en la época mas difícil é interesante de su vida. Claretie ha comprendido perfectamente lo que debe ser un drama de este género; respeta los hechos culminantes de la historia, pero no esclaviza el genio a la verdad histórica de los pequeños detalles. Lapommeraye dice bien: «una cosa es teatro, y otra cosa la erudición.»

Todos los historiadores de Mirabeau están conformes en que éste conoció a Enriqueta de Nehra en un convento de París en 1784; pero Claretie coloca la escena del principio de estos amores en el café Procópio, junto al teatro donde se estrena *El casamiento de Figaro*, martes 27 de abril del citado año. Enriqueta de Nehra era hija natural de un personaje holandés; éste se esforzaba por alejar de si a aquel joven que significaba para él el perpetuo de uno de esos crímenes que la sociedad califica con el nombre de *faltas de la juventud*. No le era, pues, difícil a Mirabeau hacer suya a aquella a quien abandonaba su mismo padre. El gran orador amargado por los profundos sinsabores de su vida, y Enriqueta sintiendo por primera vez el fuego de una pasión, veían levantarse ante sus ojos por vez primera el sol de la felicidad.

Una mujer se interpone, oscureciendo la dicha de ambos, Julia de Rieux, designada por la historia con el nombre de Mad. Lefay; la rivalidad entre Julia y Enriqueta estalla, y Mirabeau, teniendo que optar, opta por Julia, vitando a la pobre muchacha a quien sedujo. Julia no es otra que la esposa de su editor, el librero Valras, de lo cual Mirabeau se halla bastante ignorante. Valras, un día, reconoce en ella a la mujer adúltera que arrojó de su casa; desemmascara a la culpable y excita a su amigo a que huya de su funesta influencia. Mirabeau, no sin dolor, abandona a Julia y esta jura vengarse de él, y se propone deshonrarle oscureciendo de repente su gloria: declara públicamente que Mirabeau se hace pagar sus demandas por una mujer.—La verdad es que Enriqueta le habia enviado varias veces, bajo el anónimo, ciertas cantidades para satisfacer a sus acreedores, y para hacer los gastos de una elección en la cual Mirabeau temia la derrota.

Julia, además, persigue a Enriqueta encarnizadamente, y acaba por el crimen arrojándola al Sena apenas halla la ocasión. Mirabeau, que llega tarde para evitarlo, va a suicidarse, pero Valras lo detiene, y le exhorta a consagrar su vida a la libertad y a la patria. Mirabeau accede al Juego de Pelota, y pronuncia el juramento que todos conocen.

Hé, aquí, el drama histórico elevado a su mayor altura.

Muchos se acordarán, de seguro, de una comedia representada en Madrid, hace años, con el título de *Los señoritos pobres*, obra cuyo gran éxito consistía en la manera con que Julian Romea ponía la mesa, entre los mas ruidosos aplausos del público. Esta obra era una imitación, ó arreglo, de *Les lionsnes pauvres* de Emilio Augier y Fousier, y en ella tal vez se han inspirado los autores de *Les petites lionsnes*, estrenada en el teatro de las Artes. Sus autores son MM. Crisafulli y Sipiére: la obra, aparte de algunos defectos, tiene toques de primer orden; hay en ella escenas de corte clásico y tipos dibujados de mano maestra.

MM. Crisafulli y Sipiére son nombres que no deben olvidarse, pues *Les petites lionsnes* dejan entrever dos autores que han de dar algun día de gloria a la escena francesa.

Antes de poner fin a estas líneas, salgo en busca de noticias de Philippart. *Le Globe* opina que la ausencia de dicho banquero es momentánea, y que una vez pasado el día de los pagos, volverá a aparecer.

Por allí va un bolsista a quien conozco. Acórname a él en seguida y le pregunto:

—¿Dónde está Philippart?

El me responde con aire de convicción:

—¡Pero hombre, si Philippart no ha existido!

ERNESTO GARCÍA LADEVESE.

París 7 noviembre 1879.

Imp. de EL LIBERAL, a cargo de L. Polo, Almadame 2.